



Hablamos con el Señor 7 abril 2018

rezar la señal de la cruz

En el nombre del Padre,
que nos ha creado,
y que nos ama,
y que nos guarda por la eternidad,

y del Hijo,
en quien Dios se entrega
para salvar mi vida y mi cuerpo,
al mundo y su sufrimiento,
hasta los infiernos,

y del Espíritu Santo,
en la unidad del Padre y del Hijo,
que nos consuela y nos guía,
que nos une los unos a los otros
y con él,
en el poder de su resurrección.

Ilumina mi espíritu,
mis pensamientos,
mi inteligencia y mi razón,
y alumbra mi mirada,

llena mi cuerpo
con tu santa presencia,
despierta en mí las fuerzas de tu
creación, y del Espíritu Santo,
del que es la morada,

guía mis manos
para que sean libres
por la mano de Dios que tú le tiendes,
y para la obra que tú me confías.

Para que todo lo que soy,
y todo lo que tengo,
todo lo que hago,
y todo lo que deseo,
sea ofrecido por tí, y en tu nombre,
para gloria tuya,
y salvación de los hombres.
Amén.

GEORG LENGERKE

(vuelvo a leer y suplico...)

«Cuando vieron a Jesús, se postraron.

Pero ellos dudaron».

– Mateo 28,17

En lo que nos dice este evangelio ¿cómo se puede, de hecho, adorar –acto típico de la fe en Dios– y al mismo tiempo dudar, vocablo de la incredulidad? Para obtener una explicación satisfactoria es necesario reconsiderar brevemente la naturaleza de la experiencia pascual. ¿Qué les sucedió a los Once en Pascua?

Estamos, en efecto, ante un suceso que tiene contornos verificables históricamente: la tumba vacía, los lienzos abandonados, el testimonio de las mujeres (este último es un dato real sin la menor duda, porque nunca se habría «inventado» un testimonio femenino, inválido jurídicamente para el Próximo Oriente antiguo).

Pero el núcleo íntimo y profundo de la resurrección trasciende la historia y resulta difícil formularlo, razón por la que el Nuevo Testamento recurre a varias expresiones descriptivas: «resucitar-despertarse», «exaltar-levantarse», «glorificación», «vida eterna».

Bajo esta perspectiva se comprende que no es suficiente, aunque sea necesaria, la mera verificación experimental y racional. Este es el caso de María Magdalena, que confunde a Cristo resucitado con el guardián del jardín funerario donde había sido depositado el cadáver de Jesús. Solo lo reconoce cuando es llamada por su nombre, en una especie de nueva vocación, que enciende en la Magdalena los ojos del alma (Jn 20,11-18).

Así a Cristo crucificado, es decir, el sentido de la cruz de Cristo se entiende desde la resurrección. A pesar de las apariencias por la que se puede pensar que Jesús es solo otro hombre bueno y débil que muere por la fuerza de otros, Jesús es el Hijo amado de Dios.

Por consiguiente, el episodio de la muerte de Cristo se explica plenamente con la experiencia de fe. En la resurrección se revela, se muestra Dios mismo.

Intuimos, así, que el encuentro de los Once con el Resucitado –a quien habían conocido bien durante su existencia terrenal– sea acompañado con la duda. La fe no excluye la oscuridad, el esfuerzo de la búsqueda, la incertidumbre, la vacilación. Por eso, ellos se postran ante el maestro, pero su fe conserva aún la duda. Será justo Cristo mismo quien la quitará con las palabras solemnes que les dirigirá y con la misión a la que los destinará. A sus ojos, entonces, se aparece en su nuevo estatus de Señor omnipotente de la Iglesia, de la

humanidad, del tiempo y del espacio: «*Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos...*» (Mt 28,18-19). Solo después de esta revelación del Resucitado podremos transformar el extraño binomio inicial (“se postraron y dudaron”) en un normal “se postraron y creyeron”. Algo así como les había pasado a los discípulos de Emaús, cuyos “*ojos eran incapaces de reconocer*” a Jesús que caminaba con ellos; pero, cuando parte el pan en casa, “*sus ojos se abrieron y lo reconocieron*” (Lc 24,16.31).”

(vuelvo a leer y medito y suplico:)
Señor, ilumina mi espíritu ...
llena mi cuerpo...
guía mis manos...)

“Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan».

– **Lucas 24,35”**

Nuestra pregunta es esta: ¿por qué “partir el pan” hace abrir los ojos a aquellos dos que desencantados salían de Jerusalén e iban camino de Emaús?

La respuesta nos invita a reconocer cómo actúa Dios y como se vive hoy también la misa.

La frase citada evoca, de hecho, los gestos realizados por Jesús en su última cena, cuando “*tomó el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio*” (Lc 22,19).

Por consiguiente, la eucaristía es el acto en el que se revela Cristo resucitado a los ojos del creyente.

Para poder reconocerlo en su realidad más íntima no basta la experiencia física de la escucha. Esta es importante, porque –como confesarán los dos discípulos– hace “*arder el corazón*” ...”*cuando nos explica las Escrituras*”; pero se necesita una vía superior de conocimiento, la de la fe, que permite el encuentro pleno bajo el signo del pan partido.

“Por esta razón la fórmula «*partir el pan*» llegará a ser casi un «tecnicismo» para referirse a la eucaristía. El mismo evangelista Lucas, cuando traza en los Hechos de los Apóstoles las cuatro columnas ideales que rigen la comunidad cristiana de Jerusalén, no duda en situar en ellas también este rito fundamental de la Iglesia: «*Eran perseverantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones*» (Hch 2,42). Sin Eucaristía (“partir el pan”) no hay Iglesia.

Unas pocas líneas después (Hch 2,46) se recuerda que esta celebración se realizaba dentro de las habitaciones donde se reunían los primeros cristianos: «*Perseveraban juntos en el Templo y partían el pan en las casas*», en el contexto de un banquete comunitario («*comían con alegría y sencillez de corazón*»).

Este acto vuelve a evocarse en otro pasaje del segundo escrito de Lucas, en el libro de los Hechos de los apóstoles. Por ejemplo, en Tróade, en presencia de san Pablo y del mismo Lucas, dice el texto: «*El primer día de la semana estábamos reunidos para partir el pan*» (Hch 20,7).

(vuelvo a leer y medito y suplico:)

Padre misericordioso,

tú nos has enviado a tu Hijo.

Él se dirige a nosotros a través

de la palabra de la Escritura.

Él se da a nosotros bajo las especies

del pan y del vino.

Eres tú, Dios mío, el que viene a mí.

Aquí me llego, como enfermo al médico de la vida,

como sediento a la fuente de misericordias

como ciego a la luz de la claridad eterna,

como pobre y desvalido al Señor de los cielos y la tierra.

Dame, Señor, que no reciba yo superficialmente

el sacramento del cuerpo y de la sangre de Jesús,

sino que acoja también, en lo más hondo de mí, todo su ser y su poder,

para que sea incorporado a su cuerpo misterioso.

¡Oh piadosísimo Padre!, otorgadme contemplar un día,

cara a cara por la eternidad, a tu Hijo amado,

al que aquí abajo sólo recibo de forma oculta.

Amén.

Inspirada en SANTO TOMÁS DE AQUINO